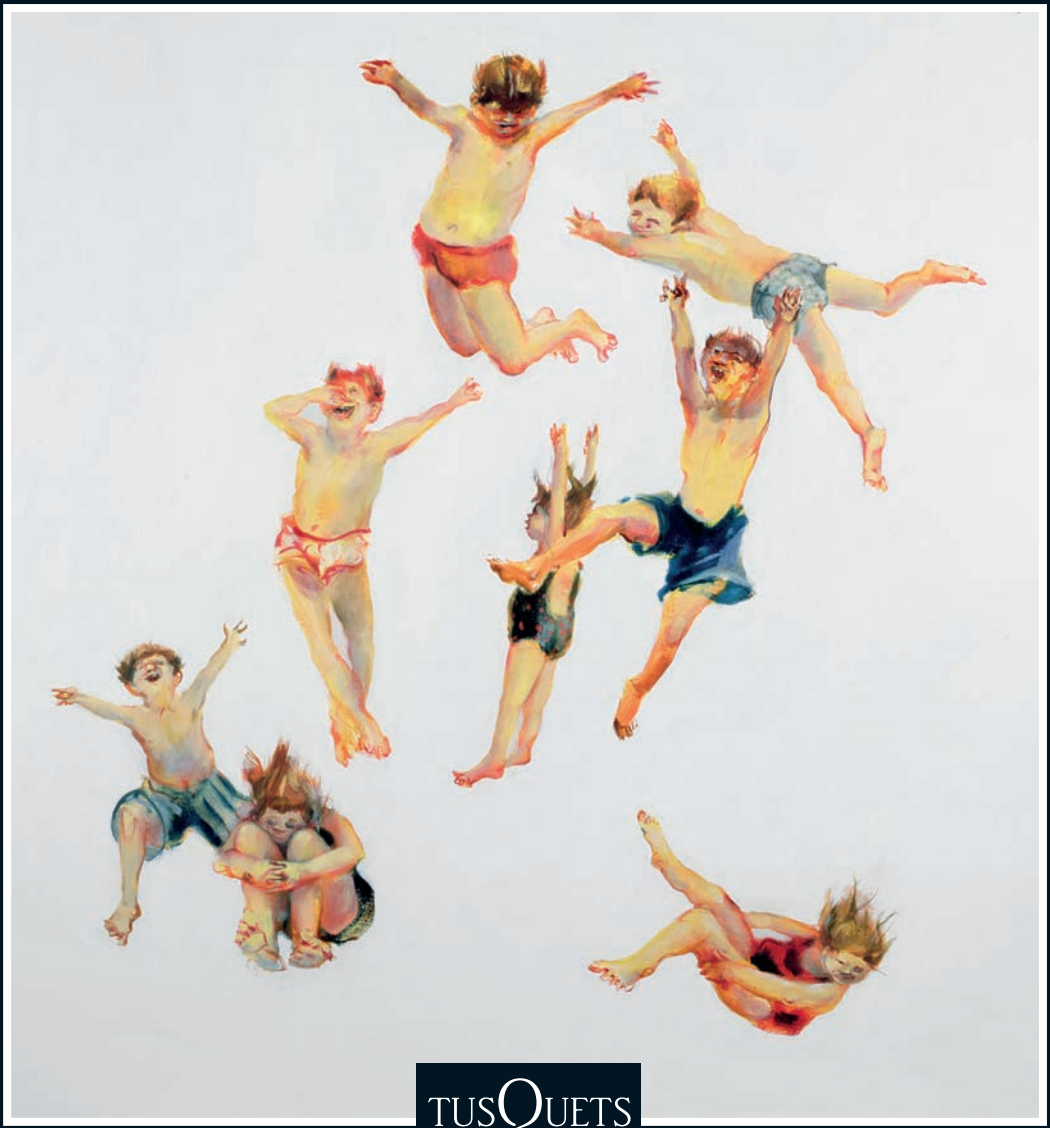
Fabio Bartolomei

SOMOS UNA FAMILIA

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

FABIO BARTOLOMEI
SOMOS UNA FAMILIA

Traducción del italiano
de Juan Manuel Salmerón Arjona

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *We Are Family*

1.ª edición: septiembre de 2015

© Edizioni e/o, 2013. Publicado por acuerdo con Ella Sher Literary Agency

© de la traducción: Juan Manuel Salmerón Arjona, 2015
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-143-7
Depósito legal: B. 15.277-2015
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Primera parte 13

Segunda parte 141

Tercera parte 241

1

Estamos en el año 1971, y este año se llama así porque todas las cosas que hay en el mundo tienen un nombre, menos los años, que tienen un número. En el año llamado 1971 están estropeándose o rompiéndose un montón de cosas. Se ha separado un trozo de Pakistán que se llama Bangladesh, se ha roto un amigo de mi padre que se llama Jim Morrison y también se ha estropeado, al parecer, una válvula de la nave espacial *Soyuz 11*. Mi madre siempre dice que, cuando se rompe una cosa, otras se rompen en cadena, sin ir más lejos lo dijo la semana pasada cuando se estropearon la batidora, la lavadora y el tocadiscos. O sea, que si ahora las llamas están destrozando esta papelera de plástico es por culpa de la lavadora. O de Jim Morrison. Mi madre ha dicho exactamente: «Pórtate bien diez minutos. Hablo con la maestra y vuelvo enseguida, ¿comprendido?». Mi madre es una *mayor* de treinta y cinco años con el pelo castaño, y cuando me habla mirándome de ese modo significa que tengo que contestar: «Comprendido, mamá», pero no a la ligera, sino en serio, mirándola a los ojos. Mi madre se llama Agnese porque es muy guapa, de lo contrario se llamaría Carla o Gertrude, está claro. Mi padre dice que se parece a la princesa Gracia de Mónaco, y que la única diferencia es que ésta dispone de los mejores

maquilladores y peluqueros del mundo, mientras que mi madre se maquilla muy poco y se corta el pelo ella misma. Decía que la *mayor* me ha pedido que me esté quietecito y le he contestado: «Comprendido, mamá», mejor dicho: «Com... com... comprendido, mamá», porque tengo cuatro años, el pelo moreno y un problema con las palabras que empiezan por ce. Mi padre dice que es un problema de arranque, al Seiscientos le pasa igual y el mecánico asegura que no es grave. A veces el Seiscientos y yo nos calamos. En fin, que mi madre me ha preguntado si he comprendido y yo le he contestado que sí, de verdad, poniéndole esa mirada que siempre funciona y por la que me dieron el papel de ángel en la obra de Navidad. No soy un niño desobediente, es que a cada momento se me ocurre que podría hacer algo y tengo que esforzarme por no hacerlo. Ahora me subo a la mesa; no, debo portarme bien. Ahora voy al baño a jugar con el agua; no, debo portarme bien. Ahora tiro algo por la ventana; no, debo portarme bien. Ahora trepo por la estantería; no, debo portarme bien. Ahora cojo un rollo de papel higiénico y lo lanzo por el pasillo; no, debo portarme bien. Pero, claro, no siempre lo consigo, y por eso está ardiendo la papelera. Cuando algo acaba ardiendo, mi madre me pregunta: «¿Por qué lo has hecho?». Es una pregunta difícil de contestar. He cogido una caja de cerillas porque el 12 de agosto de 1969 mi padre dijo: «En esta casa no existe lo tuyo y lo mío, sólo existe lo nuestro»; me la he escondido en el bolsillo porque ellos lo esconden todo, la mermelada, las galletas, los juguetes, y yo no hago sino aprender de lo que veo, y le he pegado fuego al borde de la papelera porque me ha dado la gana. El otro día mi padre me habló largo y tendido de lo que valen los objetos y de que debemos respetar las cosas ajenas. Fue extraño, pero me gusta que mi padre hable con-

migo, y le dije que lo entendía, aunque no me convencía. Robar, romper y quemar son cosas malas si te pillan, ¿no? Pues por eso tengo mucho cuidado. Sólo quiero derretir un poco el borde de esta papelera, dejar caer al suelo unas gotas ardiendo y llamar a los bomberos. Y rápido, porque viene el hombre del timbre. Por lo que tengo entendido, es el dueño del pasillo y los baños. Las aulas, en cambio, son de la madre superiora, y el del timbre solamente puede entrar en ellas para decirnos que los chicos meemos también sentados porque, si no, lo ponemos todo perdido.

—¿Qué es ese mal olor? ¿Has quemado algo? —me pregunta con cara de mala leche.

Mi padre dice que soy un gran actor y que con esta carita de ángel que tengo engaño a cualquiera. «Engañar» significa abrir mucho los ojos y dar a entender que no sabemos de qué nos hablan.

—¿Yo? No, no —contesto.

Nos miramos, pero como todos los días me entreno con mi madre, se convence.

—¡Será otra vez ese maldito enchufe! ¡Como no lo cambiemos, algún día acabará ardiendo el colegio!

El bedel entra en el aula, se arrodilla y se pone a oler los orificios peligrosos por los que se meten las clavijas del enchufe. Yo, cansado de portarme bien, me voy al final del pasillo y pego el oído a la puerta del despacho de la maestra. Ahí dentro están hablando de mí, de Al Santamaria. Me llamo Al por mi abuelo. Papá nos cuenta que mi abuelo nunca le pidió nada. Hablaba poco, cuando quería agua daba un capirotazo en el vaso y si quería silencio, decía: «¡Chis!». La vez que más habló en su vida fue con mi padre, cuando mi abuelo se fue. Por cierto, que no se me olvide preguntarle adónde se fue y cuándo volverá. El caso es que le dijo: «Estaba pensando que me gustaría que

me recordaran y quería pedirte que le pongas mi nombre a tu primer hijo varón. Ah, y otra cosa: córtate el pelo». Mi padre le dio gusto: se cortó el pelo, porque, total, al año lo tendría igual, y a mí me puso Almerico, porque, total, todos me llamarían Al.

—Al es un niño muy espabilado, muy, muy inteligente, ya le digo —asegura la maestra—, pero no consigo que participe en las actividades escolares.

—¿Se distrae? —pregunta mi madre.

—No es que se distraiga, es que se aburre. Se tapa los oídos cuando sus compañeros cuentan hasta diez. Da cabezazos cuando enseño las voces de los animales... Pero le aseguro que es una buena noticia. Su hijo tiene una inteligencia muy superior a la media, es un don natural.

—Ah.

Se hace el silencio.

—¿Qué ocurre? Parece usted decepcionada.

—No, es que creía que era muy buena madre... y resulta que es un don natural.

Agnese es así, a veces dice cosas raras, pero eso no quita para que sea la mejor de las madres. La maestra le recomienda que me haga unas cosas que se llaman «test» y que me matricule directamente en primero. Mi madre dice que hablará con mi padre y luego no sé qué de la normalidad y la felicidad, no lo he oído bien porque el hombre del timbre ha debido de encontrar la papelera quemada y ha empezado a gritar.

Sé que soy especial. Escribo, leo y hablo mejor que mi hermana, que tiene cuatro años más que yo. Soy mejor que ella en todo, aunque no es difícil, porque Vittoria es un desastre. En el colegio va bien, es verdad, pero ya lleva dos meses intentando atarse sola los zapatos y aún sigue enredándose con los cordones. En clase me aburro porque

siempre hacemos lo mismo: cantamos, aprendemos los colores y el nombre de las cosas, y después dibujamos, dibujamos, dibujamos. Todos mis compañeros dibujan lo mismo: a su familia junto a una casita con tejado rojo y puntiagudo, dos ventanas cuadradas y una puerta en el medio, como si vivieran en el campo. Yo vivo en un edificio alto y marrón y dibujo a mi familia junto a un edificio alto y marrón. Lo único divertido del colegio son las historias de los santos, esos superhéroes religiosos siempre tristes, que nos cuenta sor Taddea. Aunque nadie la escucha, porque mientras habla proyecta en la pared imágenes mal dibujadas y cada cual se monta su propia historia con un buen final, sin hogueras ni crucifixiones. Cuando Vittoria y yo volvemos a casa, papá siempre nos pregunta lo mismo: «¿Os han lavado hoy bien el cerebro?». A lo que nosotros contestamos: «Sí, papá, con lavado y prelavado». Lo decimos sólo porque así mi madre sale de la cocina y nos dice, fulminándonos con la mirada, que es uno de los mejores colegios de la ciudad y que cuesta un ojo de la cara, y que conocer la historia de Dios y los mandamientos nunca ha hecho mal a nadie. Yo estoy de acuerdo: creo que, por no hacer, no hace nada.

2

La familia Santamaria vive en Roma, en un barrio llamado Ostiense. Uno entra en el edificio marrón, coge el ascensor, pulsa la tecla 4, toca el timbre de la puerta 12 y, si la abuela no tiene la radio demasiado alta, entra sin problemas. Dentro hay un pasillo largo, a la derecha están la habitación de mi hermana, la mía y la de mi abuela, seguidas del baño y la cocina, y a la izquierda está el salón con el sofá cama donde duermen papá y mamá. La casa es nuestra, y a cambio mi padre le entrega todos los meses un sobre blanco al señor del último piso. La familia Santamaria es «flexible y compacta», como dice mi padre. Una abuela, un tío y ya está, porque lo importante no es la cantidad, sino otra cosa que ahora no recuerdo.

Lo siento por los demás niños, pero en esta familia hemos tenido una suerte tremenda, y además de la madre número uno nos ha tocado el mejor padre del mundo. Se llama Mario, pero todos, menos mi madre, porque le da vergüenza, lo llaman Elvis. Elvis es el cantante preferido de mi padre, tan preferido que no solamente escucha sus canciones, sino que viste y se peina como él. Papá es un astronauta de primera categoría, ahora conduce autobuses, pero dentro de unos años se sacará el carnet para llevar el *Apolo*. Mi madre, en cambio, es ama de casa, porque cuando

Mario Elvis se marche al espacio, ella pasará a ser la jefa de la base terrestre de la Via del Gazometro, 25, y por eso no puede trabajar, debe estar preparada para tomar el mando en cualquier momento.

—Al, por favor, siéntate y estate quieto —me dice mi padre.

—No hagas el tonto y siéntate bien —añade Vittoria.

El primer mensaje llega del espacio, y mi hermana, la encargada de las radiocomunicaciones, lo repite en la sala de control. Igual que en las películas. Vittoria tiene unas palas que parecen de conejo, palabra que en casa no podemos usar. También tiene la oreja derecha muy despegada, de soplillo, y «soplillo» es otra palabra prohibida. Tiene la nariz con la punta hacia abajo, y «águila» y «aguileño» son palabras que tampoco pueden pronunciarse. Lo curioso es que estas partes mal hechas de la cara de mi hermana quedan bien juntas y la hacen guapa. Lo realmente malo de ella es su carácter.

—¿¡Quieres sentarte bien!? —me grita.

Mi cabeza, brazos y tronco miran al plato, pero las piernas están vueltas hacia los juguetes que hay esparcidos por la alfombra, al pie de la tele. Esto los fastidia.

—¿Lo ves, papá? ¡No me hace caso! —se queja mi hermana.

Cuando Mario Elvis vuelve a mirarme, mis piernas ya se han orientado como el resto de mi cuerpo. «¡Listilla!», le digo a la encargada de las radiocomunicaciones. Llega mamá con una sartén de espaguetis y, como siempre, primero le sirve a mi padre, porque es el hombre de la casa, el cabeza de familia, y así debe hacerse. Los espaguetis se elevan en bloque como si fueran un platillo volante. Es evidente que la actividad de cocinera es una tapadera, mamá está destinada a desempeñar funciones muy distin-

tas. La abuela Concetta, que de joven, antes de ser mi abuela, era la madre de Agnese, mi madre, no está al corriente del programa espacial de la familia Santamaria y al ver el platillo volante mueve la cabeza con desaprobación. En clase nos han dicho que los ancianos son sabios, y como el presidente de la República y el Papa son siempre viejísimos, cuando hablan debemos escucharlos con atención porque podemos aprender un montón de cosas. Por eso siempre que mi abuela Concetta habla, Vittoria y yo la miramos y la escuchamos muy atentos. Lo hacemos desde hace años.

—Tendrías que haber echado más aceite —dice la anciana sabia.

Mamá la mira mal, nerviosa. Destruye el platillo volante a golpes de tenedor.

—Vas a rayar la sartén —refunfuña la anciana, que además de sabia es atrevida.

El futuro comandante del *Apolo* acude en socorro de la futura comandante de la base terrestre y dice:

—Huele muy bien.

De la nave nodriza se separan cinco navecillas lacias que aterrizan en nuestros platos.

—¿Qué hay de segundo? —pregunta la encargada de las radiocomunicaciones.

—Albóndigas.

Es el momento de tenderle la trampa a mi madre.

—¿Có... có... cómo? ¿Con... con... con salsa o sin salsa? —pregunto.

—Como a ti te gustan, sin salsa.

—¡Nooo! ¡Las quería con salsa!

3

El domingo es mi día preferido. Cuando acaba la misa de las diez y media, la familia Santamaria se mete en el coche y sale en busca de la casa prometida. Mis papás dicen que está en algún sitio pero no saben dónde, lo único que saben es que es muy bonita, muy grande y muy luminosa.

El juego funciona así: escogemos un barrio y lo recorremos en coche —mejor dicho, en astrocoche— cantando a voz en cuello, mientras Vittoria y yo buscamos carteles que anuncien: SE VENDE.

—Co... co... comandante Santamaria, cartel a la vista, a la derecha, número treinta y seis —anuncio.

—Ésa es la izquierda, Al —puntualiza la encargada de las radiocomunicaciones.

—Cartel localizado... Descifrar código secreto —dice papá.

Mamá apunta el código secreto en un papel y el astrocoche parte en busca de la cabina telefónica más cercana.

—Vamos sólo mamá y papá —dice mamá cuando avistamos una.

Está de broma. El juego de las sardinas en lata es muy divertido y los padres no pueden pretender que no se juegue siempre que se pueda, incluso con cuarenta grados a la sombra, durante la vida entera.

Pero no: no bromea. Se pone seria, nos apunta con el dedo y se aleja convencida de que ha zanjado la cuestión.

—¡Sufro carencia de afecto! —grito por la ventanilla.

Una vez leí en un periódico de la abuela que «la creciente violencia de los jóvenes se debe a la carencia de afecto que tuvieron en la infancia». No lo entiendo muy bien, pero significa más o menos que si los padres no hacen lo que decimos, de mayores podemos ingresar en una banda de moteros, robar bancos y hasta pegarle un tiro a alguien. Agnese lo sabe y por eso vuelve corriendo al coche, me tapa la boca y me lleva consigo. Un momento después estamos todos dentro de la cabina bien apretujaditos, porque ya se sabe: si las sardinas no se pegan bien unas a otras en la lata, se pudren y huelen.

—Mamá, Al debe de haberse podrido.

—¡Mentira!

—¡Se te han podrido los pies!

—Callaos, que papá va a llamar —dice mamá.

—Buenos días, llamo por lo de la casa en venta.

Todos contenemos la respiración, la sardina Agnese se aprieta contra la sardina Mario Elvis.

—Ah... Pensé que era más grande. ¿Y el precio?... Bueno, el precio no está mal... Muy bien, pues calculo los metros y si acaso vuelvo a llamar. Gracias... Adiós.

—¿Es ésta, papá? —pregunta Vittoria.

—Creo que no. La casa de los Santamaria debe de estar en otro sitio. —Y transmite un mensaje secreto a mamá—: Ciento veinte metros cuadrados más treinta de terraza.

—¿Y el precio? —pregunta ella.

—Da igual...

Mario Elvis es altísimo. Ni poniéndome de puntillas y estirando el brazo consigo tocarle la barbilla. Él me dice que, cuando lo consiga, empezaremos a hablar de cosas se-

rias. Y que cuando le llegue a la barbilla con la cabeza, hablaremos de cosas muy serias, y que cuando mi nariz llegue a la misma altura que la suya, hablaremos además de cosas secretas. Por último, cuando le llegue a la frente con la nariz, empezaremos a hablar de tonterías, porque pasarse la vida hablando de cosas serias es malo.

La otra cosa que me gusta del domingo es que viene a visitarnos el tío Armando, que de joven era hermano de mamá, y así comemos la familia Santamaria al completo. Papá y el tío compiten a ver quién come más, mi madre prepara albóndigas especiales con mucho pan, para que cunda más y no gastemos tanto en carne. Al parecer, gastar mucho dinero en carne no está bien. Mi tío dice que Vittoria y yo seremos científicos, que no ha visto niños más listos, y que Mario y Agnese tendrían que aprovechar nuestro talento de algún modo.

—Al, concéntrate, que va una pregunta difícil. Tienes que concentrar toda tu inteligencia en la respuesta, ¿entendido? —me dice mi tío.

—Entendido. Suéltala.

—¿Milan-Juventus?

—Dos —contesto.

—¿Seguro?

—Si juegan Bettega y Anastasi...

Después de comer nos sentamos en el sofá. Mientras mamá y la abuela quitan la mesa, Vittoria, Mario Elvis, el tío Armando y yo jugamos con la grabadora. Es un regalo que le hizo mi madre a mi padre. Es un aparato del tamaño de un ladrillo, con una bonita funda de piel negra y un micrófono con un cable largo. Pone: «Grundig», palabra que parece el gruñido de una fiera pero que significa que

es alemán y, por tanto, bueno. Mamá la compró porque Mario Elvis está estudiando para sacarse el diploma de contabilidad que necesita para el título de piloto espacial y así puede escuchar las lecciones mientras conduce el autobús. Es un examen muy importante, mamá lo sabe. De momento, sin embargo, Mario Elvis lo usa para grabarse cantando. Vittoria, mi tío y yo hacemos: «Dum, dum, dum, dum, dum, dum, dum» y él canta: «¡Un corazón loco que aún te sigue y noche y día piensa en ti!». Aunque esto es sólo el comienzo del juego, porque luego se rebobina la cinta y la grabadora, que se lo ha aprendido todo de memoria, repite palabra por palabra. La voz de papá que sale del aparato es graciosísima y nos reímos tanto que nos duele la tripa.

—¡Ahora can... can... canto yo!

—¡No, yo primero! —chilla Vittoria.

—¡No es para jugar! ¡Es para que papá estudie! —dice mamá. Pero no lo dice en serio, se ve claramente que es para jugar. Porque, cuando Mario Elvis presiona la tecla del triangulito negro y sube el volumen al máximo, también ella se echa a reír.

—¿Qué más queremos? —nos dice Mario Elvis a Vittoria y a mí.

—¡Nada! —contestamos.

Papá siempre dice eso: cuando se tiene una familia como la Santamaria, no hace falta nada más. También dice que para los Santamaria ninguna cosa es imposible. Y que si estamos unidos, somos fuertes como guerreros espartanos. Mi padre dice un montón de cosas felices. Fuera luce el sol, Vittoria me acaricia el pelo, Mario Elvis y el tío Armando cantan *La espada en el corazón,* de la cocina llega olor a roscón de chocolate y yo soy el niño más afortunado del mundo.

4

Me han jurado que esta doctora no pone inyecciones. «Te lo juro por Dios: no tiene ni jeringuillas.» Pero no me he calmado hasta que he entrado en la consulta y he visto que no hay ningún mueblecillo de cristal con agujas ni una de esas feas camillas acolchadas. La doctora es una mujer muy tranquila, que sonríe mucho y habla como si estuvieran acabándosele las pilas. Muy despacio me comenta que soy un niño muy guapo. Como mamá me tiene dicho que no debo contestar «Ya lo sé», me limito a sonreír y ella me pregunta si es que se me ha comido la lengua el gato, pregunta tonta que siempre nos hacen a los niños y que sólo les resulta graciosa a los adultos. Mamá sonríe, yo contesto: «No». La doctora tranquila quiere hacerse amiga mía, sigue hablando, me dice que tiene una sobrina de mi edad, que le gusta la camiseta que llevo y que estoy muy alto. El mundo está lleno de cosas altas, empezando por los tiradores de las puertas, de los armarios y del frigorífico, las mesas, el sillín de la bicicleta, la puerta del armario de las galletas, el estante de las cerillas, esta silla... Todo se eleva. El día en que decidan poner los tiradores cada vez más altos, las personas crecerán hasta los noventa años. Pero como no tengo ganas de hacerme amigo de la doctora, me limito a responder: «Sí».

—¿Quieres que juguemos a una cosa? —me pregunta ella.

Cuando un mayor pregunta eso, es que quiere enredarlo a uno en algún juego con trampa como el de hacer de estatua o el de quedarse callado. Contesto que «Encantado», que «me alegro mucho de jugar», que ella «está haciendo realidad uno de mis sueños».

—No le haga caso —dice mamá—. Siempre está de broma... —Y me estira del brazo.

La doctora sonríe y con las pocas pilas que le quedan coloca delante de mí tres piezas de cartón cuadradas con unos dibujos extraños. Me da tres piezas más y me pide que deje en la mesa la que yo crea que completa la familia. Completo la familia de los cuadrados, la de los triángulos y la de los círculos. Después de cada juego la doctora me dice: «Muy bien, Al» y mira el reloj, deduzco que el tiempo cuenta y procuro darme prisa. Construyo figuras, adivino qué reloj marca media hora menos que el reloj A y cuántos triángulos componen la pirámide que hay dibujada en el folio. Hago que funcionen familias de objetos poniendo la pieza que falta, un juego que me resulta fácil porque pienso en la familia Santamaria, que tiene todas las piezas, y lleno los huecos con un avión, un perro, un destornillador, una bombilla, y la doctora siempre me dice: «Muy bien, Al».

—Éste es el último.

—Veintiún gatos —digo.

—¿Estás seguro? Si apenas has mirado...

—Venga, Al, que es el último, hazlo bien —me dice mamá.

—Lo he hecho bien, el número de gatos aumenta en dos, cu... cu... cuatro, seis, ocho gatos por ca... ca... cada cu... cu... cuadrado. Por lo tanto, el número que falta para

que crezca la familia de los gatos es el veintiuno, y la doctora puede parar el tiempo.

—¡Qué rápido! —dice la doctora.

—¿Seguimos co... co... con otro? —pregunto.

—Ahora tu mamá y yo tenemos que hablar a solas. ¿Nos esperas fuera, Al?

Lo sabía. Los juegos de los adultos son siempre iguales, acaban enseguida.

—¿Me das ahora la piruleta? —pregunto.

—Claro. ¿De qué color la quieres?

—Amarilla. ¿Y me das una naranja para mi hermana? ¿Tú qui... qui... quieres otra, mamá?

—No, Al, gracias.

Lástima, si me hubiera dado tres Vittoria habría tenido alguna esperanza.

Me han metido en el cubo metálico que usa la abuela para hacer la colada. Me han metido porque odio la siesta. Agnese ha dicho: «Hoy no hay manera, está muy inquieto», y la abuela ha contestado: «Trae acá, que yo me encargo». Creo que ya me han metido otras veces, pero no lo sé, no lo recuerdo bien. En el cubo hay vino tinto, la abuela moja la esponja y me la pasa por las piernas, por la barriga, por los brazos. Flota ese buen olor que sale del vaso de papá cuando nos sentamos a la mesa. La vieja insiste mucho en los hombros, el pecho, el cuello. Me gusta, huele más fuerte. No sé por qué se creen que después de este baño me dormiré, eso, frotadme bien, que sueño no tengo, Juanito, Jorgito y Jaimito han venido por mí, vamos a jugar con plastilina, que huele a vino, ¿qué dice la abuela? No, no me entra sueño, quiero jugar con los bólidos, montar en ellos a los soldaditos, librar bata-

llas tremendas, y luego quiero hacer esa prueba de vino..., digo de vuelo..., tirarme de la mesa..., con la capa negra..., como el hombre murcié...

—Mamá...

—¡Al, es de noche! ¡Duérmete!

¿Más? Ya me han hecho dormir la siesta, no sé cómo, esta gente qué se cree, con el montón de cosas que tengo que hacer.

—¡Ahora sabe amargo!

Me refiero a mi dedo gordo. Yo no lo creo, pero mamá dice que ya soy mayorcito para seguir con el chupete y que me chupe el dedo gordo untado con azúcar. Azúcar que se acaba enseguida.

—¡Duérmete! —repite la encargada de las radiocomunicaciones.

—¿Habéis rezado vuestras oraciones? —pregunta mamá.

—Yo sí, Al no.

—¡Yo también! Las he rezado con Ca... Ca... Casimiro.

Por alguna razón que desconozco, siempre que nombro a Casimiro todos fingen no oírme, incluida la encargada de las radiocomunicaciones. Casimiro es mi amigo imaginario, imaginario porque cuando juego y hablo con él, los demás no pueden verlo y tienen que imaginárselo.

Mi cama es una cama secreta. Por el día todo el mundo cree que en el cuarto sólo hay una, la de Vittoria, pero cuando anochece, viene Mario Elvis, baja las persianas, para que nadie lo vea, y saca de debajo de la cama de mi hermana la mía, ya hecha y preparada. En cuanto se apagan las luces, meto el pie por debajo de las mantas de Vittoria y lo apoyo en su culo, pues durante unos segundos la oscuridad es absoluta, no se ve nada y me siento solo. Mi hermana también debe de sentir lo mismo porque, sin ser

una de esas hermanas dadas a los mimos, nada tiene que objetar a la compañía de mi pie.

Mi cama está rodeada del bosque encantado. Lo veo cuando la oscuridad se vuelve menos negra y fuera tienen las luces encendidas. El camino que va de mi cama al campamento enemigo es el más peligroso del planeta, está lleno de trampas y centinelas nerviosísimos. Pero nosotros, los caballeros, no tenemos miedo, y en cuanto Vittoria empieza a roncar, mi escudero Casimiro y yo saltamos de la cama y emprendemos el ataque nocturno. Avanzamos en silencio por entre las plantas carnívoras, superamos sin miedo el pasillo de las arenas movedizas. Alumbra el campamento un gran faro sobre el que aparecen imágenes de Drácula, que en realidad se llama Christopher Lee y es un actor de dientes puntiagudos, y por eso lo llaman para que interprete a Drácula. Son los metros más difíciles. Hay que contener la respiración y esperar a que los centinelas se distraigan un momento. Están hablando en voz baja.

—Es un niño extraordinario, la doctora dice que no ha visto nada igual —dice la centinela con voz satisfecha.

—Pero sería un error no tratarlo como a un niño normal —contesta el centinela del tupé.

—Con las capacidades que tiene, está destinado a grandes cosas.

El centinela del tupé se vuelve y mira a la centinela.

—Podría descubrir el remedio contra el cáncer o ser un gran estadista, cualquiera sabe... —dice ella.

«¿Cáncer?» «¿Estadista?» Necesitaría el libro de las palabras para entender el lenguaje secreto de los centinelas, pero los caballeros son hombres de acción y nunca retroceden. ¡Ahora! ¡Vamos, debajo del sofá cama!

—Veremos, ya lo decidirá cuando sea mayor.

—Claro, nosotros sólo tenemos que ayudarlo a encontrar su camino.

En el sofá cama está ocurriendo algo. El somier se mueve, se oyen ruidos extraños, podrían ser besos, una familia de besos.

—Una persona como él podría salvar el mundo —susurra la centinela.

—¿De veras? —pregunta Casimiro.

—¡Al!

5

Desde anoche no he hecho nada por salvar el mundo. Mientras sor Taddea nos cuenta una de esas historias suyas que siempre acaban mal, pienso en la expedición al campamento enemigo y en una frase en particular: «Debe encontrar su camino». El significado está claro, debo averiguar por qué vía traeré la salvación al mundo, pero la palabra «camino» me confunde, porque me imagino más bien una carretera, con asfalto y rayas blancas. A lo mejor mi camino es como la casa prometida de los Santamaria, está escondido en algún lugar y tengo que salir todos los domingos a buscarlo. Mario Elvis dice que en cuanto veamos la casa prometida la reconoceremos, que en cuanto entremos sabremos si es o no ésa. Con el camino pasará lo mismo. Y hay otra cosa que no entiendo: ¿por qué hay que salvar el mundo? ¿Qué es lo que no funciona? Es evidente que fuera las cosas no van como en mi casa, a lo mejor no todos los papás empiezan el día cantando canciones de Elvis, ni todas las mamás preparan roscones de chocolate, ni todas las familias juegan con una buena grabadora alemana. Debo saber más, debo estudiar.

—Parece Blancanieves —susurra Roberta, detrás de mí.

Sor Taddea ha proyectado en la pared la imagen de una mujer vestida de blanco y azul.

—Es santa Lucía —le explico.

La santa lleva una planta en una mano y un plato en la otra. Debe de ser una santa cocinera. Como todos los superhéroes religiosos, santa Lucía mira hacia arriba porque sabe que los problemas le llegarán de ahí.

—¿Y por qué van vestidas igual?

—Porque santa Lucía quiere echarse de novio al príncipe, pero Blancanieves se entera y le saca los ojos.

—Mentira.

—Ya lo verás.

—¡Almerico y Roberta! ¿Es que no os interesa la historia de santa Lucía? —nos pregunta sor Taddea.

—Sí —contestamos.

—Conocer la vida de los santos os servirá cuando crezcáis. Tú, Roberta, ¿qué quieres ser de mayor?

—Santa.

Sor Taddea sonríe y aprueba. Ésta es la primera enseñanza que nos servirá cuando crezcamos: lo importante no es decir la verdad, sino aquello que hace felices a los demás.

—¿Y tú, Almerico?

—Yo soy un genio, seguramente salvaré el mundo, pero aún tengo que encontrar mi camino. —Me doy cuenta de que mi respuesta le ha gustado menos que la de Roberta. Las monjas no son malas, pero tienen la manía del bien y el mal. Lo que está un poco bien y un poco mal no existe, siempre hay el cincuenta por ciento de posibilidades de equivocarnos e ir al infierno. Decir que queremos ser lo que es nuestro padre, o futbolista, o médico, está bien; decir que somos unos genios y queremos salvar el mundo, mal. La normalidad está bien; la genialidad, mal—. No, no; quiero ser bombero —me corrijo.

Respuesta correcta, la monja sonríe.

—Muy bien, los bomberos hacen un trabajo muy útil, salvan personas.

No he mentido. Bombero es lo que quería ser antes de saber que era un genio, así que, más que una mentira, es una verdad dicha con retraso. No puedo decepcionar a Agnese y Mario Elvis, no puedo decepcionar al mundo. Seré genio y salvador, y bombero si me sobra tiempo.

No estoy contento con mi cuerpo. El cerebro transmite órdenes pero mi cuerpo nunca responde como debe. La orden es: «¡Corre!», y las piernas empiezan a girar descontroladas, patinan, sólo alcanzan una buena velocidad cuando salen detrás de la cabeza, que toma la delantera. Pararse siempre da problemas. Asfalto, adoquines, mármol son los primeros materiales duros que he aprendido a reconocer, porque no hay día que no me rasguñe los codos y las rodillas por culpa de Ezio, un niño malo del que huyen hasta los de quinto. Aunque los de quinto escapan sin motivo, porque el blanco preferido de Ezio soy yo. A Ezio le cuesta hablar, y cuando lo hace apenas se le entiende, por eso se ha acostumbrado a decir lo que piensa con gestos. Pero como piensa cosas malas, sus gestos son bofetadas, empujones y zancadillas. La hora del recreo siempre es un suplicio. Salimos del aula, en fila de a dos, bajamos la escalera, nos unimos a las demás clases, cruzamos el patio pisando fuerte, como nos tiene dicho la monja, que está hecha toda una generala. En cuanto la monja nos dice que vayamos a jugar, mi cerebro le ordena al cuerpo que salga disparado como un misil. Pierdo el equilibrio en la hierba mojada, choco contra un árbol que se me pone delante, caigo de rodillas intentando alcanzar la cabeza, que va lanzadísima, y por fin me refugio en el punto más alejado del jardín,

junto a una verja alta que da a la calle. He respirado de golpe tanto aire frío que parece que lleve un polo con sabor a saliva atravesado en la garganta. Por suerte no veo a Ezio. En este momento habrá en el patio un niño desdichado que estará preguntándose qué significa: «Mío tu bocadillo o te parto la cara». Cometo el error de no esconderme enseguida detrás del matorral, Roberta me ve y viene corriendo. Tiene el pelo moreno y muy largo, los ojos verdes y un cuerpo obediente. No se resbala en la hierba, ni choca contra los árboles; se planta ante la verja de un buen salto. Tiene las mejillas del color de eso que le echan a los caramelos para que parezcan de fresa, y un mechón de pelo se le ha pegado a los labios. Me sonríe, yo no le respondo para que no crea que puede quedarse aquí conmigo. Me clava un dedo en el hombro, pero no me vuelvo para que no piense que puede hablarme.

—Mi madre dice que tu padre es un payaso.

—No, es un astronauta de primera ca... ca... categoría —replico.

—¡Ah, qué pena!

—Pues que sepas que ser astronauta de primera ca... ca... categoría también es un buen trabajo. ¡Irá a la Luna e incluso a Marte!

Siempre que al salir tengo a Roberta al lado, algún padre me pregunta si somos novios. No me siento preparado, aunque ya sé todo lo que hay que saber sobre las mujeres: cuando formamos equipos, lo mejor es escogerlas las últimas; más vale no meterse con ellas, porque enseguida lloran y las monjas tienen las manos pesadas; cuando juegan a las muñecas siempre ponen voces raras, de madre antipática y de padre idiota; siempre están besuqueándolo a uno.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta.

Se me olvidaba: siempre preguntan: «¿Qué haces? ¿Adónde vas? ¿En qué piensas?».

—Busco mi ca... ca... camino.

Saca la cabeza por entre los barrotes.

—¿Es ése?

—No. Mi ca... ca... camino es muy grande y co... co... con muchos árboles.

—La calle de mi casa es así.

—Pues de ahora en adelante somos novios. Es el destino.

—¿Y eso qué significa?

El destino es la persona que hace que las cosas ocurran, pero ¿cómo explicárselo a una mujer?

—Significa que tienes que darme la mano.

Se queda mirándome.

—¿Y tú qué me das a cambio?